

MARGARITA TORREMOCHA HERNÁNDEZ

Coordinadora

EL ESTUDIO GENERAL DE PALENCIA

**Historia de los ocho siglos
de la Universidad española**



Universidad de Valladolid
**Secretariado de Publicaciones
e Intercambio Editorial**



**Instituto
Universitario
de Historia
Simancas**

Universidad de Valladolid

Serie: HISTORIA Y SOCIEDAD, nº 158

El Estudio General de Palencia: Historia de los ocho siglos de la Universidad española / Coordinadora Margarita Torremocha. - Valladolid : Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, Universidad de Valladolid, [2012]

288 p. ; 24 cm. - (Historia y Sociedad ; 158)
ISBN 978-84-8448-722-7

1. Estudio General de Palencia - Historia 2. Universidades - España - Historia I. Universidad de Valladolid. Secretariado de Publicaciones e Intercambio ed. II.Serie

378.4(093)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

© LOS AUTORES, VALLADOLID, 2012
SECRETARIADO DE PUBLICACIONES E INTERCAMBIO EDITORIAL
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Diseño de cubierta: Luis Miguel Esteban Antúnez

ISBN: 978-84-8448-722-7
Dep. Legal: VA-811-2012

Preimpresión: Secretariado de Publicaciones. Universidad de Valladolid
Imprime: Publicaciones Digitales, S.A. - Sevilla

INDICE

PRESENTACIÓN

Marcos Sacristán Represa.....9

INTRODUCCIÓN

Margarita Torremocha Hernández11

1. PALENCIA EN LA EDAD MEDIA. UNA CIUDAD DE SEÑORÍO ECLESIAÍSTICO

Asunción Esteban Recio – María Jesús Izquierdo García.....21

2. PALENCIA, LA PRIMERA UNIVERSIDAD DE ESPAÑA

Gonzalo Martínez Díez.....47

3. EL NACIMIENTO DE LA UNIVERSIDAD DE PALENCIA EN EL CONTEXTO DE LAS UNIVERSIDADES EUROPEAS

María Jesús Fuente Pérez69

4. LAS UNIVERSIDADES EN EL RENACIMIENTO: ORÍGENES Y TIPOLOGÍA

Ofelia Rey Castelao91

5. LA UNIVERSIDAD EN LA EDAD MODERNA: ORGANIZACIÓN ACADÉMICA Y ADMINISTRATIVA

Inmaculada Arias de Saavedra Alias113

6. EL IMPACTO SOCIAL DE LAS UNIVERSIDADES MENORES

Pilar García Trobat.....139

7. EL PESO DEL CLAUSTRO EN LA VIDA URBANA. TRADICIONES, COSTUMBRES Y QUEHACER EN LAS CIUDADES UNIVERSITARIAS

Margarita Torremocha Hernández161

8. CLAVES DE LA POLÍTICA UNIVERSITARIA DURANTE EL FRANQUISMO

Jesús María Palomares Ibáñez.....183

9. UNIVERSIDAD ESPAÑOLA Y OPOSICIÓN AL FRANQUISMO: LA REGENERACIÓN UNIVERSITARIA (1956-1975)

Marc Baldó Lacomba211

10. LA LARGA MARCHA DE LAS MUJERES HACIA LA UNIVERSIDAD. UN LOGRO DEL SIGLO XX EN ESPAÑA

Josefina Cuesta Bustillo – M^a Esther Martínez Quinteiro.....231

11. UNIVERSIDADES Y CIENCIA EN LA ÉPOCA DE LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICA. EL CASO DE ESPAÑA

Víctor Navarro Brotos.....259

9. UNIVERSIDAD ESPAÑOLA Y OPOSICIÓN AL FRANQUISMO: LA REGENERACIÓN UNIVERSITARIA (1956-1975)

Marc Baldó Lacomba

“La libertad empezó a germinar y brotar, como brota la hierba en los tejados y en las junturas de las losas de piedra. Sería apasionante y conmovedor hacer una historia fina y veraz del tímido, vacilante, inseguro renacimiento de la libertad en España”¹.

Durante el franquismo, la universidad española conoció un doble proceso: por un lado, el sometimiento a la dictadura y, por otro, la recuperación de la cultura democrática. Aunque el sometimiento de la universidad a la dictadura ha merecido los mayores esfuerzos historiográficos hasta el presente, aquí nos interesa atender la recuperación -tras el “páramo” de los años cuarenta- de una cultura universitaria plural y crítica y la emergencia y desarrollo de esta emancipación.

Este proceso de despegue forma parte de la reconstrucción democrática española. Entró en escena en la segunda mitad de los años cincuenta y se vio alimentado y reforzado por el crecimiento económico y el cambio social de los años sesenta y setenta. Este proceso es la gran contribución de la universidad española a la reconstrucción de la democracia y la consideramos una pieza clave en el amplio frente de la oposición antifranquista, y en la que destacaremos dos fenómenos paralelos: la construcción en la universidad de una vida cultural más libre, moderna y democrática y el movimiento estudiantil como emblema de los movimientos políticos universitarios de oposición.

El movimiento estudiantil armó mucho ruido: resonó en las grandes ciudades y no digamos en las pequeñas que eran cabeza de distrito, produjo aldabonazos antifranquistas que aún retumban como los de 1956, 1965, 1968, 1975... Pero, es evidente que no fue la única aportación universitaria a la transición. La rebeldía de los estudiantes, con ser importante, era pieza menor al lado del movimiento obrero. A veces, se equipara erróneamente movimiento estudiantil y movimiento obrero. Es cuestión de escala: si el movimiento obrero (imaginemos) hizo tambalearse la dictadura como un terremoto 7 grados Richter, el movimiento estudiantil no sobrepasaría (supongo) el grado 2.

Desde mi perspectiva, la principal aportación que se hizo en la universidad española a la superación del franquismo fue la *reconstrucción de la crítica*, que

¹ MARIAS, Julián, *La España real*, Madrid, 1996 [1976], p. 574.

incluía al movimiento estudiantil, pero también abarcaba todo un conjunto de estímulos intelectuales en las aulas y departamentos que se desencadenaron *in crescendo* desde 1956. La aportación universitaria a la transición tuvo dos vertientes. Una fue la callada labor de cátedra de profesores (numerarios y no numerarios, jóvenes y no tanto) cada vez más abiertos a nuevas tendencias, más reflexivos, más conectados con la modernidad de la época; profesores que guiaban o dirigían con profesionalidad variable a estudiantes de doctorado y les estimulaban a veces a realizar tesis que abriesen camino, que planteasen nuevas preguntas, que conectasen con el mundo científico del momento, que mirasen a Europa. Para cuajar el antifranquismo universitario, el espíritu democrático y las raíces de la transición, era esencial (a mediados de los cincuenta, a mediados de los sesenta, a primeros de los setenta) un sinfín de pequeñas transiciones individuales de profesores que se fueron abriendo al mundo y un torbellino de nuevas respuestas que aportaban los profesores más jóvenes, los PNNs. Para cuajar el antifranquismo y la transición era muy importante lo que en la clase dijese profesores como Tierno Galván, Vicens Vives, López Aranguren, Domínguez Ortiz, Miguel Artola, Gonzalo Anes, Manuel Sacristán, Josep Fontana, Ramon Garrabou, Miquel Izard, Mariano Peset, Lopez Piñero, Fernández Buey o... póngase nombre al profesor².

La otra vertiente de la aportación universitaria a la regeneración democrática del país tiene que ver con el movimiento estudiantil, sin duda. Pero no sólo desde la perspectiva de sus acciones más conocidas (como la creación de los Sindicatos Democráticos Universitarios), o aquellas que articularon los partidos clandestinos y las plataformas, aquellas que pusieron en marcha los *peligrosos demócratas*³ tales como asambleas, manifestaciones, reuniones clandestinas... que suscitaban cargas policiales y procesos del TOP o estados de excepción. También es menester considerar, y creo que de modo relevante, las acciones menos relumbrantes, más silenciosas que se derivaban de la *nueva cultura* y actitudes que se generaron en las aulas.

Afectaron éstas a los estudiantes y, en gran medida, fueron generadas por los propios estudiantes. Las estimularon aquellos escolares que tenían más "inquietudes", aquellos que eran más *leídos*; los que visitaban las trastiendas de las librerías; aquellos que estaban más abiertos a novedades (filosóficas, científicas, literarias, musicales, cinematográficas, políticas...); aquellos que eran más *viajados* y curiosos. Con sus cine-fóruns, lecturas, talleres de prensa, representaciones teatrales, revistas universitarias, panfletos... Con sus contactos con otros estudiantes (de otras facultades, de otras universidades españolas, de otras universidades europeas), en definitiva, acabaron por extender a ámbitos estudiantiles cada vez más amplios

² Vázquez Montalbán, por ejemplo, puso al suyo: Manuel del Arco que en la Escuela de Periodismo les enseñó a "ver oír y contar". Vid. VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, "Manuel del Arco: ver oír y contar", *Triunfo*, 3 de marzo de 1973, p. 59.

³ SABIO ALCUTÉN, Alberto, *Peligrosos demócratas: antifranquistas vistos por la policía política (1958-1977)*, Madrid, 2011, pp. 91-105.

estas nuevas actitudes/ideas “inquietas”, que se sumaban a las de los profesores más críticos (suma que resultó factor de multiplicación).

Fue surgiendo, pues, en las aulas una nueva reflexión de/sobre el mundo, sobre España, sobre la dictadura... Y así se fueron generando no sólo *nuevas ideas* sino, además, *nuevos marcos de acción* que afectaban, alcanzaban, transformaban a personas concretas y a grupos de escolares. En el mundo moderno, el conocimiento, la información, la velocidad de comunicación de las ideas, la transformación dialéctica de éstas al encontrarse, contrastarse, debatirse, rechazarse, asumirse, superarse... influye en las personas, en los grupos de amigos, en los compañeros de un curso; interactúa también transversalmente afectando a compañeros de los diversos cursos, a las cohortes de escolares que comparten espacios, lecturas, gustos musicales y crean nuevas experiencias. También debemos incluir en la fluidez de información e ideas a los jóvenes profesores que hubo que contratar desde los años sesenta, cuyo pasado escolar “inquieto” aún formaba parte de sus vidas⁴.

9.1 EL RELEVO GENERACIONAL

El punto de partida de esta regeneración fue muy difícil. La dictadura se propuso -y consiguió- torcer el rumbo del despertar sorprendente, liberal y laico de la cultura y de la universidad española (y de su sociedad) durante el primer tercio del siglo XX, e imponer un nuevo camino que miraba a postulados reaccionarios y añoraba factible convertir el país en “*reserva espiritual*” de Occidente y a su universidad en fábrica de ideas requeridas para este menester. Este aspecto nunca debe marginarse en el análisis de los años cuarenta y cincuenta. Pero, a lo largo de la década de los cincuenta, de su segunda mitad principalmente, empezaron a aparecer fisuras.

Estas fisuras se vieron favorecidas porque la tarea de establecer un nuevo proyecto de universidad, pese a la *victoria*, era difícil, por cuanto, al menos, en su seno se planteaban dos grandes opciones (con subgrupos dentro de ellas): la falangista y la de la derecha católica. En su seno había diferencias ideológicas y sobre todo había clientelas competitivas para repartirse los ámbitos del poder, las cátedras que quedaron vacantes y las nuevas que se crearon⁵. Unos y otros compitieron por conseguir la supremacía e influir en la universidad, aunque no debe olvidarse que, pese a las disputas, los unos y otros coincidían en lo fundamental, en lo que podemos llamar el *modelo cultural franquista* que se basaba en: 1) el idealismo nacionalista exaltado, 2) el

⁴ Vid. GIDDENS, Antony, *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona, 1997, donde introduce el concepto de reflexividad institucional, que define así: “es la reflexividad de la modernidad; implica la incorporación rutinaria de conocimientos o información nueva a los entornos de acción, que de este modo se reorganizan y reconstituyen”, p. 295 y *passim*. También, GIDDENS, Antony, *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, 4ª ed., Madrid, 2004, pp. 36-42.

⁵ Uno de los mejores trabajos para ver estas disputas es TUSELL, Javier, *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, 1984.

restablecimiento de un ferviente catolicismo dogmático, 3) la preferencia por un saber humanístico tradicional y un saber científico concordante con la fe, aislado y al servicio de los intereses autárquicos, y ambos alejados de la modernidad.

No cabe duda de que el régimen intentó modelar una *nueva* universidad, trató no sólo de *ocupar* la institución, sino que además procuró rellenar su contenido: reconstruirla, recatolizarla, “españolizarla” (en el sentido excluyente en que el franquismo entendía España)... Sin embargo, nuestra hipótesis es que no consiguieron este objetivo. Que, a plazo medio, tan pronto como se produjo el relevo generacional de los cincuenta (además del cambio de rumbo de algunos intelectuales), la universidad empezó a convertirse en problema político, factor de inestabilidad y vivero de intelectuales críticos, lo que impidió que el nacionalcatolicismo trascendiera y pudiese mantener atada a la actividad cultural universitaria.

En la segunda mitad de los cincuenta se evidenció que el franquismo no iba a poder dominar la universidad, ni hegemonizar su cultura, ni tampoco convencer más que a los ya convencidos. Es más: algunos intelectuales franquistas que eran primeras espadas, complacientes fascistas en la primera mitad de los cuarenta (Ridruejo, Laín, Aranguren, Torrente Ballester...), a finales de esa década se quedaron sin nervio ideológico y empezaron a “cambiar de rumbo”⁶, lo que rubricó la polémica entre *comprensivos* y *excluyentes*, que se produjo al hilo de ocupar Joaquín Ruiz-Giménez el ministerio de Educación Nacional en 1951.

Emergió, pues, en los cincuenta, una incipiente cultura crítica en una universidad que, pese a estos destellos, no afectaba todavía a la mayoría de estudiantes. Pero los destellos ahí estaban y tomaban fuerza. Contaron con la imprevista ayuda de Ruiz-Giménez y su equipo (el director general de enseñanza universitaria, Pérez Villanueva), incluyendo en él a los rectores de Madrid, Salamanca y Oviedo. El nombramiento de Ruiz-Giménez y su política de revitalización universitaria coincidía con las estrategias de un pequeño grupo de falangistas desencantados y otro grupo de católicos que se abrían cada vez más, como el propio ministro, y estaban dispuestos a *superar la guerra* y enterrar las escisiones del pasado, que pretendían además, como dijo Ridruejo, que el silencio “no envenenara” a los jóvenes⁷. Aunque las reformas de Ruiz-Giménez fracasaron y acabaron con su cese en 1956, dejaron claro que era imposible una apertura cultural sin alterar las bases políticas del franquismo. Entonces empezaron a apartarse del régimen, un puñado de estudiantes “con inquietudes” -se decía- y también lo hizo otro puñado de profesores, que llegaron a tener suficiente influencia como para desbaratar la cultura oficial que construyeron los ministros Sainz Rodríguez e Ibáñez Martín.

⁶ GRACIA, Jordi, *La resistencia silenciosa: fascismo y cultura en España*, Barcelona, 2004. Para el debate sobre la desafección de los intelectuales al régimen, y las posiciones que se mantienen, véase MUÑOZ SORO, Javier (ed.), “Expediente: intelectuales y segundo franquismo: un debate abierto”, *Historia del Presente*, 5 (2005), pp. 13-41.

⁷ Citado en CASANOVA, Julián y GIL ANDRÉS, Carlos, *Historia de España del siglo XX*, Barcelona, 2009, p. 266.

¿Por qué no logró hegemonizar la producción cultural universitaria a partir de la década de los cincuenta? Planteamos hipotéticamente que ello se debe, principalmente, a tres razones: La primera, el *desenlace que tuvo la guerra mundial*, que perdieron las potencias del Eje, privando a la dictadura de referentes. Creo que es importante enfatizar este aspecto para considerar la evolución ideológica de España. Su historia cultural, pese a los rigores de la dictadura, ni debe considerarse como un fenómeno aislado, separado e inconexo y al margen del conjunto europeo, ni tampoco lo estuvo.⁸ En segundo lugar, se debe a las *trayectorias y evoluciones personales* de una parte de los intelectuales que apoyaron al franquismo en la guerra y después, pero que a partir de un punto de la década de los cincuenta -tal vez los cuarenta- evolucionaron, se abrieron “a todos los hombres de buena voluntad, hállese donde se hallen y vengan de donde vinieren, más atentos al fin de la marcha colectiva que el punto de procedencia”.⁹ Aunque la frase transcrita es de los primeros años sesenta, entendemos que su espíritu ya se había gestado en la década anterior. Son ejemplos célebres de estas trayectorias los falangistas reconvertidos -Laín, Tovar, Ridruejo...- o los católicos que avanzaban -Ruiz-Giménez, Aranguren...-. Las voces de unos y otros, que evolucionaban a posiciones liberales y críticas, se juntaron con las de otros intelectuales que nunca abandonaron esta trinchera. Éstos, aunque habían quedado fuera de la universidad, hicieron acto de presencia en ella. Aprovecharon, por un lado, el desconcerto que se abrió en la segunda mitad de los cuarenta y, sobre todo, por otro lado, se sirvieron de la ayuda de la nueva reglamentación de las normas de oposiciones hecha por Ruiz-Giménez que dinamizó el escalafón¹⁰. Casos relevantes son Enrique Tierno Galván, y Jaume Vicens Vives¹¹. En tercer lugar, se debe a que la cultura franquista, desde muy pronto, conoció la *deslegitimación*. Partimos del supuesto de que el modelo cultural franquista, a plazo medio, aunque logró el objetivo principal -extirpar la subversión de trabajadores, capas medias republicanas e intelectuales librepensadores- no consiguió la hegemonía cultural, no logró ser creíble para intelectuales audaces y estudiantes despiertos, con lo que, ideológicamente, la dictadura *no se trascendió*: ni siquiera en la universidad.

La universidad oficial tuvo muy escaso atractivo para los que no llevaban la camisa azul y el correa. No atrajo más que a los estudiantes convencidos: en la estricta posguerra, los que no opinaban igual que los seuístas, si no callaban, proba-

⁸ TOWNSON, Nigel, “La dictadura de Franco: ¿la España diferente?”, en TOWNSON, Nigel (dir.) *¿Una España diferente? Una mirada comparada siglos XIX y XX*, Madrid, 2009, pp.199.242.

⁹ *Cuadernos para el Diálogo*, 1, octubre de 1963.

¹⁰ Vid. BALDÓ LACOMBA, Marc, “Intentos de reforma universitaria en España durante el ministerio Ruiz-Giménez, 1951-1965”, en GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Enrique y PÉREZ PUENTE, Leticia (eds.), *Permanencia y cambio II. Universidades hispánicas, 1551-2001*, México, 2006, pp. 552-551.

¹¹ DÍAZ, Elías, *Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975)*, Madrid, 1983, pp. 91-95; también, DÍAZ, Elías, “La reconstrucción del pensamiento democrático bajo (contra) el régimen franquista”, en *Historia del Presente*, 5 (2005), pp. 69-84.

ban el aceite de ricino¹². Después, en los cincuenta, aunque ya no se hiciese probar esta pócima, tampoco tuvo ningún atractivo para todo joven que quisiese vivir su época. Y en los profesores, en un puñado de ellos, emergió conciencia y voluntad de superar la guerra civil, reflexionar, criticar injusticias, denunciar situaciones injustas y -si tenían cargo académico- permitir el diálogo entre los estudiantes “inquietos” para que no los ahogara el silencio.

En estos menesteres, pues, como estamos viendo, la universidad andaba ligeramente a la par de las primeras expresiones culturales no franquistas y con destellos antifranquistas. En efecto, ese precisamente es su contexto. La década de los cincuenta fue pródiga en estos destellos, que van del cine a la narrativa, pasando por el ensayo, la poesía, el teatro o las artes plásticas. Se trata de una producción selecta, crítica, realista, vinculada a las vanguardias, minoritaria y lúcida frente a la cultura popular bien intervenida por el régimen. De esa emergencia crítica y alternativa basta citar los nombres de Berlanga, Bardem, Martín Santos, Fernández Santos, Sánchez Ferlosio, Blas de Otero, Espriu, los Goytisolo, Castellet, Carlos Barral, Antoni Tàpies o revistas como *Laye* (1951), *Serra d'Or* (1959) o iniciativas como el *Boletín informativo de la cátedra de derecho político* de Tierno Galván en la Universidad de Salamanca (1954). Como si el silencio que produjo la detonación de la guerra, empezase a disiparse, por decir en prosa lo que dijo por entonces en verso Gil de Biedma (*Antología*, 2009).

*Pero el silencio
es hoy distinto porque está cargado.
Nos vuelve a visitar la confianza.*

Tampoco pudo convencer la universidad de Ibáñez Martín a los estudiantes “con inquietudes”, una nueva generación de escolares, que removió los cimientos de la universidad y cuya actividad fue pieza clave en la *deslegitimación* de la dictadura. Se trata de un cambio generacional, que empezó a manifestarse en la segunda mitad de los cincuenta y se debía a las transformaciones económicas y sociales del mundo occidental que estamos aludiendo (muy intensas en Europa y más atenuadas en España).

Hubo, a partir de finales de los cincuenta, una nueva e intensa sensación de cambio generacional: de hecho, la transformación social se encarnaba principalmente en la “crisis generacional”, fenómeno característico de los 60. Se encarnaba en los gustos de una juventud que a los mayores les parecía estrafalaria, melnuda, psicodélica, que rompía las formas de vestir e innovaba en la manera de vivir, en la libertad, en la política... No ha de extrañar el entusiasmo de sí misma que tenía una generación que se creía descubridora de una nueva sociedad: “En los años sesenta vimos en acción -escribe Sartori- una generación convencida de que no había habido luz en el mundo hasta que fue encendida por los veinteneros de entonces”¹³.

¹² VARELA UÑA, Manuel, *De memoria: a fuerza de tiempo*, Madrid, 2009, p. 158.

¹³ SARTORI, Giovanni, *¿Qué es la democracia?* Madrid, 2007, p. 298.

Estos veinteneros entraron en la escena histórica en Europa -y también en España- a finales de los cincuenta. De hecho, tan pronto como los estudiantes que llegaban a las aulas superiores dejaron de llevar correa, ya en los años cuarenta, muchos vieron y vivieron como cosa extraña las retóricas, ritos, temas de estudio, estilo académico y maneras de la universidad franquista. A partir de los cincuenta, abundan pruebas de las enormes brechas que se fueron abriendo entre la universidad oficial y los jóvenes que acudían a sus aulas.

Ya las revistas de los estudiantes de los primeros años cincuenta son todo un emblema de esta fisura. En la Universidad de Barcelona un grupo de estudiantes de la facultad de letras de Barcelona entraron a la facultad en octubre de 1948. Tras hacerse amigos por afinidades y gustos, en febrero de 1949 sacaron a la luz el primer número de una revista *Curial*. La editorial de presentación, acordada por varios, definía algunas de las inquietudes de una nueva generación: "Los únicos puntos de contacto entre nosotros son: el deseo de evitar esta vida mecánica y gris de la mayoría de estudiantes y el gusto, cada uno a su manera y tendencia, por los conceptos modernos de la existencia humana, de la cultura y del arte". En cada uno de los números de la revista, que confeccionaban ellos mismos, procuraban que saliesen textos inéditos de autores prestigiosos, y allí publicaron, entre otros, Salvador Espriu, J. V. Boix, Ferran Soldevila... *Curial* fue ejemplo de otras experiencias parecidas. En marzo de 1950, un grupo de estudiantes de la Escuela Industrial de Barcelona sacaba a la luz otra revista, *Ictini*, y en noviembre de ese año los de Derecho creaban *Forum*. En estas publicaciones a los temas académicos se añadía la fe europeísta, la reiterada llamada a vivir su tiempo, su época (a vivir *Al vent del món*, cantará años después Raimon). Estas publicaciones, surgidas a iniciativa de estudiantes, se salían del control de las autoridades académicas y del SEU. En enero de 1951, cinco de los audaces editores o redactores fueron multados por el gobernador civil con 10.000 pesetas de aquella época cada uno, con sus correspondientes campañas para recoger el dinero... La represión echó agua fría a la caldera. Pero al mediar la década, la caldera volvía a hervir¹⁴.

Al mediar la década de los cincuenta, a la disconformidad de los estudiantes que iba cuajando, se la llamaba "inquietud". Una minoría vivaz y despierta de estudiantes tenía "inquietudes". En los años cuarenta los estudiantes que se mostraban antifranquistas se desgañaban contra el muro implacable de la dictadura y hallaban, antes de quedar presos en Cuelgamuros -por ejemplo- el silencio aterrado de sus compañeros, a mediados de la década de los cincuenta, cuando los más audaces protestaban contra la dictadura, hallaban eco en los que firmaban sus manifiestos en Madrid o llenaban las bancadas del Paraninfo de Barcelona.

¹⁴ Vid. SAMSÓ, Joan, *La cultura catalana: entre la clandestinitat i la represa pública*, 2 t., Barcelona, 1995, t. II, pp. 185-199; COLOMER I CALSINA, Josep Maria, *Els estudiants de la Universitat de Barcelona sota el franquisme*, 2 t., Barcelona, 1978, t. I, pp. 81-85.

Conviene destacar como emblema de una época, el manifiesto firmado por estudiantes de la Universidad de Madrid de febrero de 1956, que comenzaba con el célebre “Nosotros los hijos de los vencedores y los vencidos...” queremos democracia, venía a concluir el manifiesto. Pero si importante es el propósito, lo que prescriben como meta, la democracia, un sindicato libre que organice sus actividades culturales... no lo es menos el procedimiento, los pasos que hay que seguir y la compañía con quien tienen que realizar el objetivo. Convocar conjuntamente a “los hijos de los vencedores y los vencidos” era una estocada de esa juventud que se le estaba yendo al franquismo y que merece subrayarse, porque acababa con el manido discurso que los franquistas seguirán proclamando hasta el final: la dicotomía vencedor-vencido¹⁵. Tierno Galván advirtió la importancia del cambio: “Una generación -decía- de veinte a veintisiete años que había ya perdido, quizá sin capacidad de crítica, que los ideales de la guerra se destruían y que crujía el armazón construido por el régimen para sostenerlos”¹⁶. Los estudiantes en febrero de 1956 se apartaban de esa estrategia y se proponían marchar juntos. Eso hoy se ve como cosa natural, pero entonces pensarlo, decirlo y practicarlo, era cosa de “comunistas”, de “rojos” para el lenguaje franquista. De demócratas para los estudiantes “con inquietudes”. “Los estudiantes buscaban un diálogo -esencialmente *entre sí*- para intercambiar ideas y no miraban procedencias sino las metas, que es lo que les interesaba. Volvemos a lo que decía la editorial primera de *Cuadernos para el Diálogo* de 1962, pero en boca de unos veinteneros en 1956...”¹⁷

Durante los sesenta y setenta las brechas se hicieron insalvables y las “inquietudes” se politizaron. Los estudiantes “con inquietudes” fueron entrando en confrontación con la dictadura paulatinamente. Abundan pruebas sobre la distancia enorme que se produjo entre la universidad franquista oficial y el país real que accedía a sus aulas. Podemos seguir fácilmente la historia de la disconformidad y tensión de los escolares con la universidad franquista y el mismo régimen. Al mediar la década de los sesenta, podemos considerar que la distancia entre las jóvenes generaciones de estudiantes con el régimen y su relación con el mundo era la que nos describió admirablemente Fernández Buey:

“Éramos -dice-, salvo en la facultad de letras, mayoritariamente varones con el orgullo varonil que fue típico de los aspirantes a intelectuales en este país antes de los primeros brotes del movimiento feminista; éramos (con pocas excepciones) hijos de burgueses, funcionarios y asimilados, sin excesiva mala conciencia todavía, demócratas con la creencia de que la democracia era algo más que la representatividad indirecta; nos atraía el existencialismo, pero ya sabíamos que Martin Heidegger era un reaccionario, por

¹⁵ JULIÁ, Santos, *Elogio de la historia en tiempo de memoria*, Madrid, 2011, p. 219.; un panorama de conjunto con testimonios, VVAA, *La generación del 56*, Madrid, 2010.

¹⁶ TIERNO GALVÁN, Enrique, *Cabos sueltos*, Barcelona, 1981, p. 115.

¹⁷ BALDÓ LACOMBA, Marc, “De la cultura a la política: los estudiantes de la Universidad de Valencia, 1956-1962”, en VV.AA., *Ciencia y Academia. IX Congreso internacional de historia de las universidades hispánicas (Valencia, septiembre 2005)*, Valencia, 2008, pp. 121-137.

lo que generalmente preferíamos el otro existencialismo, el de los franceses, y también las canciones de los cantautores franceses, porque hablaban de libertad y de resistencia en un tono melancólico que no parecía excluir la época; empezábamos a descubrir entonces las modernas técnicas sexuales conductistas que llegaban de tapadillo desde América a nuestras librerías [...]; éramos serios en el estudio y convencionales en el vestir: teníamos todavía poco que oponer a nuestros padre; pasábamos largas horas charlando, borrando mitos del pasado y creando mitos para el futuro; y apenas si teníamos cultura política, porque nadie o casi nadie se atrevía a transmitírnosla, de modo que confiábamos más en las personas que en las organizaciones; nos sentíamos solidarios de los obreros, pero conocíamos mal la vida de la clase obrera; mirábamos hacia Argelia y Cuba más que hacia Moscú, y hacia Francia o Italia más que hacia EEUU, cuando nos pedían modelos; y nuestros marxistas -cuando eran lecturas marxistas lo que buscábamos- fueron, por suerte, Sacristán y Gorz, Lukács y Lefèbvre, Brecht y Bloch, Schaff y Gramsci; seguramente no distinguíamos entre ortodoxia y heterodoxia, lo cual nos fue útil. Queríamos, desde luego otra universidad: una universidad abierta a todos los estudiantes capacitados sin barreras clasistas, al servicio de la sociedad, que proporcionara una adecuada formación científica y técnica a la altura de las necesidades sociales [...] en la que se garantizara la libre discusión y circulación de las ideas”¹⁸.

Podemos decir, en resumen, que la universidad oficial franquista tuvo omnimoda y excluyente presencia en los años cuarenta, mientras resonaba la fusilería cada amanecer, Hitler ganaba la guerra y el hambre atenazaba la vida de los ciudadanos; pero ya desde los cincuenta comenzaron a surgirle grietas, cada vez más anchas. Se debe dar gran importancia a los *años cincuenta y a la crisis del 56*, fenómeno (no sólo universitario) que señala un cambio de rumbo y en la universidad conoce un doble despertar: por un lado, el de un nuevo movimiento estudiantil, por otro, la génesis de las actitudes críticas. En los años sesenta y setenta, las brechas se hicieron ostensibles, dentro del espacio de la universidad franquista se crearon (“se conquistaron”) *zonas de libertad*, como decían los estudiantes, fenómeno paralelo a la apertura de la universidad a capas medias y populares y el *desarrollismo*.

9.2 CLASES MEDIAS Y DESARROLLISMO

Detrás de esta *nueva* efervescencia universitaria, cultural y crítica (todavía no política), empujaban dos fenómenos de fondo. El primero, el *desarrollo de nuevas clases medias*, discreto en los cincuenta y explosivo en los sesenta y setenta. Estas nuevas clases medias las generaban las nuevas industrias y la nueva agricultura industrialista, que comportaban nuevas maneras de producir con mayor innovación tecnológica y requerían profesionales, arquitectos, ingenieros, peritos, técnicos y

¹⁸ FERNÁNDEZ BUEY, Francisco, “Estudiantes y profesores universitarios contra Franco”, en CARRERAS ARES, Juan José y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, *La universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*, Zaragoza, p. 477. Para más información vid. FERNÁNDEZ BUEY, Francisco, *Por una universidad democrática*, Barcelona, 2009.

trabajadores cualificados como nunca se necesitaron. También se debían a la expansión de los servicios públicos y de gestión y a la consolidación del estado del bienestar en Europa (o sus rudimentos en España), que demandaba más maestros, profesores, médicos y cuerpos técnicos en diputaciones, ayuntamientos y el Estado. Y, sin duda, estas nuevas clases medias también las producía la expansión de la educación -primaria, secundaria y superior- que se beneficiaba del incremento de renta familiar que permitía a muchas familias enviar a sus hijos a estudiar hasta más allá de los veinte años, y estos jóvenes con sus capacidades renovadas, aportaban valor al sistema productivo y lo multiplicaban, incentivando el *círculo virtuoso del desarrollismo*. Esta transformación social, por otro lado, no se limitaba a las emergentes clases medias, sino que era general y transversal.

General, por cuanto también alcanzaba a otros ámbitos de la sociedad española. En efecto, desde finales de los años cincuenta y, sobretudo, desde principios de los sesenta, no sólo se agitaron sectores de las capas medias -entre ellos los estudiantes-, sino que también renació el movimiento obrero, con un *nuevo estilo* de acción¹⁹. Transversal, porque alteraba la cultura política tradicional, lo que se debía a cambios sociales de envergadura como la urbanización (y en consecuencia el éxodo rural), la incipiente sociedad de consumo, los nuevos medios de comunicación. Todo ello transformaba las referencias culturales tradicionales y las que se habían acuñado en la negra España de los cuarenta; alteraba la estructura de la familia convencional; daba protagonismo en la esfera pública a la mujer y contribuía a liberarla de los roles asignados "a su sexo"; desarrollaba nuevas formas culturales de masas (sea la música rock, Julio Iglesias, el cine de Hollywood o la televisión...). Alterar la cultura no es ninguna nimiedad en las sociedades contemporáneas porque ésta, con los nuevos aportes de información y comunicación, genera nuevas ideas (o reconstruye las anteriores) y las proyecta como marcos de acción que adoptan los grupos y los individuos²⁰.

El segundo fenómeno es el *desarrollismo*. Las nuevas clases medias y el cambio generacional (al que antes aludíamos), se basaban en el *desarrollismo* a la vez que lo nutrían. El proceso de independencia de la universidad que aquí comenta-

¹⁹ Para este viraje de la cultura política, MOLINERÓ, Carme y YSÀS, Pere, *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid, 1998, pp. 141-164; DOMÈNECH SAMPERE, Xavier, *Quan el carrer va deixar de ser seu: moviment obrer, societat civil i canvi polític, 1966-1978*, Barcelona, 2002, *passim*; DOMÈNECH SAMPERE, Xavier, *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo: lucha de clases, dictadura y democracia (1939-1977)*, Barcelona, 2012, pp. 59-100; TÉBAR HURTADO, Javier, "Contraindicacions a la política de la victòria. Notes sobre repressió i identitat de la militància obrera dels anys seixanta", en PAGÈ, Pelai (dir.), *Franquisme i repressió: la repressió franquista als Països Catalans, 1939-1975*, Valencia, 2004, pp. 273-294; BORDERÍAS, Cristina, BORRELL, Mónica, y VILLAR, Conchi, "Los eslabones perdidos del sindicalismo democrático: la militancia femenina en las CC.OO de Cataluña durante el franquismo", *Historia Contemporánea*, 26 (2003), pp. 161-206; SABIO ALCUTÉN, Alberto, *Peligrosos demócratas...*, pp. 59-90.

²⁰ GIDDENS, Anthony, *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor, erotismo en las sociedades modernas*, Madrid, 2004, p. 37.

mos, pues, se vio *empujado* (beneficiado, potenciado) *por el desarrollismo*, por el impacto que tuvo en la sociedad española el crecimiento económico. El régimen franquista, sin duda, se benefició de la expansión económica, que actuó como un poderoso factor de estabilidad, hasta el punto que esta nueva coyuntura no pudo ser ensombrecida ni por las remesas de emigrantes, ni por el desarraigo del éxodo rural, ni por otras tristezas de la dictadura. Sin duda, el “círculo virtuoso” del crecimiento dio estabilidad al régimen, pero no sin condiciones. Fue necesario (para permitir el crecimiento) dar salida a una nueva clase media que emergía: se fomentó el aumento de servicios (enseñanza, sanidad...), la renta per cápita y el consumo. Fue menester escolarizar de los 12 a los 14 años, incrementar el número de universitarios, ingenieros, peritos; cualificar el trabajo (crear -se decía- “capital humano”); invertir en enseñanza técnica, multiplicar los profesores de secundaria, empezar a pensar en invertir en educación. (Es importante advertir el papel que empezó a tener la universidad como “*ascensor social*”, una de sus funciones más destacadas en las sociedades capitalistas en desarrollo). Fue necesario, en fin, apostar por una nueva línea ideológica y política que permitiese las reformas económicas iniciadas en 1959: fue menester sustituir la legitimidad de la *Cruzada* por la legitimidad de la renta per cápita de los 1.000 dólares. Sin todo eso no había futuro...²¹

El desarrollismo, pues, si por un lado asentaba la dictadura, por el otro la minaba: la desgastaba, apremiaba el cambio social y, con él, la emergencia de las *nuevas actitudes y valores* (una nueva cultura) que la retaron e hicieron surgir, paso a paso, una cultura política alternativa, como diagnosticaron en su época Aranguren, Carlos París, y algo más tarde los sociólogos De Miguel y más tarde otros²². Una nueva cultura crítica que aparecía como un arma frente a la persistencia asfixiante del régimen.

Estos cambios, aunque han tenido hondas repercusiones en la sociedad, apenas los tuvieron en el sistema político. La dictadura se obstinó “por no hacer ningún cambio político sustancial”, por hacer “reformas institucionales sin cambios políticos”²³. No halló, en definitiva, vacunas ni remedios al imparable proceso de cam-

²¹ BOUDON, Raymond, *La desigualdad de oportunidades*, Barcelona, 1983; CROMPTON, Rosemary, *Clase y estratificación: una introducción a los debates actuales*, Madrid, 1994; CARABAÑA MORALES, Julio, “Educación y movilidad social” en NAVARRO, Vicenç (coord.), *El Estado del Bienestar en España*, Madrid, 2004; PLANAS, Jordi y FACHELLI, Sandra, *Les universitats catalanes factor d’equitat i de mobilitat professional*. Barcelona, 2009 [http://www.aqu.cat/doc/doc_76034900]; NÚÑEZ, Clara Eugenia, “La educación como fuente de crecimiento”, en *Papeles de Economía Española*, 73 (1997), pp. 213-242; TORTELLA, Gabriel, *El desarrollo de la España contemporánea: historia económica de los siglos XIX y XX*, Madrid, 1994, pp. 10-18.

²² ARANGUREN, José Luis, *El futuro de la universidad y otras polémicas*, Madrid, 1973; PARÍS AMADOR, Carlos, *La universidad española actual: posibilidades y frustraciones*, Madrid, 1974; DE MIGUEL, Jesús M., *Anatomía de una universidad*, Barcelona, 1978; DE MIGUEL, Amando, *La universidad, fábrica de parados*, Barcelona, 1979; PÉREZ DÍAZ, Víctor, “La reforma de la Universidad española”, *Claves de la razón práctica*, 139 (2004), pp. 18-25; PÉREZ DÍAZ, Víctor y RODRÍGUEZ, Juan Carlos, *La educación profesional en España*, Madrid, 2002.

²³ DE RIQUER, Borja, *La dictadura de Franco*, Barcelona, 2010, p. 473.

bio social, y produjo entre 1959 y 1975 oleadas rítmicas y espasmódicas de leves aperturas y endurecimientos políticos para acabar, desde 1969, volviendo a sus "esencias" e institucionalizándose (Ley Orgánica del Estado) más que para atender el futuro, para frenar su propia descomposición.

Este acelerado cambio social unido al inmovilismo político acabó por producir una mezcla social explosiva que alcanzó a toda la sociedad: por un lado, generó reformas, siempre insuficientes y con frecuencia pronto malogradas y, por otro lado, hizo emerger el espíritu crítico y el desarrollo de movimientos sociales. Reformas y contestación ideológica y sociopolítica son los dos rasgos esenciales de los últimos quince años de la dictadura que, junto con el crecimiento económico unido a ellos, completan el triángulo axial de las cuestiones históricas del "segundo" franquismo. Hablar de la regeneración de la universidad comporta incidir en el *crecimiento* (de estudiantes o profesores), las *reformas* (Ruiz-Giménez, Lora-Tamayo, Villar Palasí) y de la *nueva experiencia intelectual, cultural y política*, donde engarza el movimiento estudiantil.

En la universidad española no es muy difícil argumentar el crecimiento de aquellos años. Esencialmente, fue un crecimiento de clases medias. El más visible fue el *crecimiento de los estudiantes*, que pasaron de 54.600 en el curso 1950-51 a 553.000 en el curso 1975-76²⁴. Al crecer la renta per cápita de muchas familias, se multiplicaron las posibilidades de acceder a la enseñanza secundaria y superior de muchos de sus hijos que, liberados de la necesidad de trabajar, fueron lanzados por sus padres a estudiar en institutos y universidades. Los estudios, especialmente los superiores, eran considerados como una forma de movilidad social. Añádase que tan importante como el crecimiento era la diversificación social que se operó a finales de los cincuenta, los universitarios, esencialmente, eran hijos de profesionales y capas medias altas. Este perfil empezó a cambiar muy lentamente en los años sesenta y setenta. Se incorporaron hijos de empleados y cuadros medios, administrativos, tenderos, pequeños empresarios y agricultores y trabajadores especializados. "Una modesta clase media sacrificada", decía Lora-Tamayo²⁵.

En efecto, en el censo de 1970, los profesionales, cuadros medios y empleados representaban el 19,2 % de la población activa, mientras que sus hijos e hijas eran el 66,9 % de la población universitaria, a los que debe añadirse los hijos e hijas de empresarios sin asalariados y trabajadores independientes (el 10 % de la matrícula) y de obreros cualificados (el 7,7 %)²⁶. De la diversificación social forma parte la incorporación de la mujer, aunque este proceso se hallaba aún empezado en 1975. De poco más del 10 % de mujeres en los años cuarenta, se pasó al 40 % al final de

²⁴ A esta cuestión me he referido en BALDÓ LACOMBA, Marc, "La población de la Universitat de València al segle XX", en *Saitabi*, 49 (2000), pp. 17-60.

²⁵ LORA-TAMAYO, Manuel, *Discurso en el acto de apertura de curso en la Universidad de Granada*, Madrid, 1966, p. 13.

²⁶ *Art. cit.* en nota 24.

la dictadura, aunque la distribución de mujeres por facultades era lo que revelaba las dificultades del cambio social en este campo: la enseñanza -ciencias y letras- y la farmacia fueron profesiones ganadas antes por las mujeres, las demás facultades -ciencias, medicina, derecho, económicas...- se fueron incorporando con mayor lentitud. Las carreras técnicas han sido las más tardías en incorporar proporciones representativas de mujeres. En 1973-74, sólo el 4,2 por 100 de los estudiantes de escuelas técnicas superiores eran mujeres²⁷. Añadamos que la “avalancha” de estudiantes obligó a contratar *profesores* para atender la docencia, que pasaron de 4.193 (3.005 no numerarios) en el curso 1960-61, a 22.385 (18.495 no numerarios) en el curso 1976-77²⁸.

Por otro lado, el crecimiento de estudiantes y profesores obligaba a otra estructura y organización de la universidad, transformación relacionada con la necesidad de cualificar el trabajo, atender el cambio tecnológico y social y la clase media que emergía. Se argumentaba que los elementos básicos de las economías avanzadas ya no eran sólo el capital y el trabajo, como hasta entonces, sino que a ellos se añadía el conocimiento como fuerza propulsora del proceso económico²⁹. Así pues, invertir en investigación, preparar técnicos y profesionales, mejorar escuelas, institutos y universidades pasó a considerarse elemento de progreso y desarrollo. El resultado fue ampliar los años de escolarización obligatoria y aumentar los efectivos de enseñanza secundaria y superior. Paralelamente se modificaban los contenidos educativos, se fomentaba la enseñanza profesional y se reformaban las universidades, intentando conectarlas a la investigación y hacer sus enseñanzas más prácticas. Los ministros tecnócratas contaron con el diagnóstico de oficinas del Estado como la Comisaría del Plan de Desarrollo y de organismos internacionales como la OCDE. También los ministros (Lora-Tamayo, Villar Palasí) se esforzaron³⁰.

De estas reformas, podemos destacar tres que contribuyeron a la mudanza: *a)* La tendencia a comprometer la dedicación exclusiva del profesorado (aunque en 1968 sólo la tenían la mitad de los catedráticos). *b)* El fomento de la investigación. Para ello se descentralizó el grado de doctor en 1954 (lo que permitía a los catedráticos dispuestos implicarse en la formación de doctorandos) y se creó la Comisión

²⁷ Ese año, las facultades de letras y farmacia tenían, respectivamente, el 57,8 y el 57,1 por 100 de mujeres; ciencias, el 36,5; medicina, el 29,5; derecho, el 29,2; ciencias de la información, el 27,2; económicas y políticas, el 20,9, y veterinaria el 17,2, vid. *art. cit.* nota 24.

²⁸ NADAL SÁNCHEZ, Antonio, “El movimiento universitario y la represión”, en CARRERAS, Juan José y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, *La universidad española bajo el régimen de Franco*, Zaragoza, 1991, p. 495.

²⁹ LATORRE, Ángel, *Universidad y sociedad*, Barcelona, 1964, pp. 93-94.

³⁰ Vid. DE MIGUEL, Amando *et al.* *Reformar la universidad*, Barcelona, 1976, pp. 141-144; BALDÓ LACOMBA, Marc, “La investigación y la enseñanza técnica en el ministerio Lora-Tamayo”, en VVAA, *Facultades y grados. X congreso internacional de historia de las universidades hispánicas*, Valencia, 2010, pp. 329-358; BALDÓ LACOMBA, Marc, “La universidad española en los años sesenta: crecimiento, tecnocracia y antifranquismo”, en VVAA, *Derecho, historia y universidades. Estudios dedicados a Mariano Peset* (2 v.), Valencia, 2007, v. I, pp. 201-212.

Asesora de Investigación Científica y Técnica -CAICYT- en 1958, formada por representantes de diversos ministerios y organismos del Estado. Su objetivo era la coordinación y fomento de la investigación en centros públicos y empresas. A partir de 1963 esta entidad asignó fondos específicos de investigación a las universidades y escuelas técnicas superiores (en 1966 alcanzaban los 85 millones de pesetas)³¹. Muchos catedráticos y agregados, acogidos al régimen de dedicación exclusiva, consiguieron proyectos de cuatro años. c) La tercera novedad fue la apertura de la enseñanza técnica. La falta de ingenieros era una grave deficiencia de la fuerza de trabajo en España. En 1960, mientras Francia o el Reino Unido contaban, respectivamente, con 76 y 85 ingenieros por cada 100.000 activos, en España había 41. Uno de los factores que influía en esta baja proporción era la organización de estas enseñanzas, anclada en esquemas antiguos (examen de acceso riguroso, enseñanzas poco prácticas, escasa especialización, grado de dificultad). El desarrollo económico y la industrialización demandaban incrementar estos profesionales, lo que obligó a crear escuelas técnicas medias y superiores. Tres leyes se sucedieron en 1957, 1964 y en 1968, con el propósito de modernizar estos estudios y abrirlos a la creciente demanda. Aunque superar las resistencias corporativas fue complejo, el número de estudiantes y graduados se incrementó³².

9.3 CULTURA CRÍTICA Y ACCIÓN POLÍTICA

9.3.1 La nueva cultura crítica

La cultura, incluyendo la producción científica, fue un arma contra la dictadura y entró en confrontación con ella. En los años sesenta emergió una generación universitaria y de intelectuales menos atemorizada que las anteriores, con mayor libertad, más segura de sí misma, con mayor convicción para actuar y denunciar a la dictadura, con mayores conocimientos (lo que les aportaba confianza), y, sobretodo, con una mayor circulación de ideas en un mundo que, por primera vez, empezaba a ser la *aldea global*, y en el que los jóvenes descubrían la eficacia de la información y compartían identidades³³. La circulación de ideas aceleró la politización universi-

³¹ La descentralización del doctorado en BALDÓ LACOMBA, Marc, "Centralització i descentralització del grau de doctor (1845-1954)", *Saitabi*, 51-52 (2001-2002), pp. 433-454; la política científica y la CAICYT en SANZ MENÉNDEZ, Luis, *La construcción institucional de la política científica y tecnológica en el franquismo*, Madrid, 1995; SANZ MENÉNDEZ, Luis, *Estado, ciencia y tecnología en España: 1939-1997*, Madrid, 1997; SÁNCHEZ FERRER, Leonardo, *Políticas de reforma universitaria en España: 1983-1993*, Madrid, 1996, pp. 91-104 y 185-191.

³² En 1956-57 había 4.700 alumnos y 813 graduados; en 1972-73 hubo 44.700 estudiantes y 2.500 graduados. Véase *art. cit.* en nota 24. Para el marco legal y político, SOUVIRÓN MORENILLA, José María, *La universidad española. Claves de su definición y régimen jurídico institucional*, Valladolid, 1988, pp. 84-96; DE MIGUEL, Amando, *Reformar...*, pp. 98-99.

³³ La explosión de los medios de comunicación, el triunfo audiovisual, la difusión de la radio, el transistor, la proliferación de emisoras musicales, la aparición del disco de microsuro, el pick up, la

taria y la radicalizó después de 1968. Este surgimiento de la cultura crítica, pues, tenía un fuerte componente generacional.

Este empuje de la crítica y de la política de oposición a la dictadura (con sus hitos en 1962, el año de Asturias; el 65, el año de la cuestión universitaria; el 66 la *Caputxinada* y el Sindicato Democrático de Estudiantes; el 68, París, México, Praga; el 69, el estado de excepción en España; el 73, los expedientes en Valencia o el cierre en 1975 de la Universidad de Valladolid...) no era sólo un añadido, una suma a las actitudes críticas de universitarios de generaciones anteriores -los jóvenes del 56-, sino que transformaba sus expectativas, las revolucionaba, les imprimía un nuevo cariz más radical. Combatir la dictadura para los jóvenes del Sindicato Democrático (en marzo de 1966 se constituyó en Barcelona el primero) y las promociones posteriores no sólo se hacía para dar cabida a sus "inquietudes" (derecho a leer y expresarse con libertad), sino que era un modo de "activar la marcha de la historia", enfrentar la subversión al orden franquista. "Sin aquella inversión de dolor que tiene su primer nombre en el esclavo Espartaco [...], muchos aún seguirían siendo esclavos"³⁴. La libertad -así se ve en la segunda mitad de los sesenta- se gana con sacrificio y "generosidad", una palabra que no entiende el poder, pero que para los opositores se convierte en "una opción, una única, dramática opción ante todo sistema de poder"³⁵. En resumen: "sin la acción de la catacumba" la dictadura no se erosiona.

La nueva cultura crítica, que se beneficiaba de la vitalidad de la juventud y de la renovación ideológica de la izquierda, tuvo efectos contundentes en minar la dictadura. La *vitalidad* de la juventud era impulsada, en aquella "década prodigiosa", por un optimismo generacional que hacía suponer a sus agentes, estudiantes y jóvenes profesores, que el futuro sería mejor que el que había conocido la generación de sus padres (el "ascensor social" ayudaba a esta emoción), tanto a escala individual como a escala general. En efecto, muchos de aquellos jóvenes estaban convencidos de que se podrían introducir grandes cambios *en el sistema*, a nivel mundial y, por supuesto, en España. Además, lo que sucedía internacionalmente les resultaba estimulante: los países del Tercer Mundo se emancipaban y en ocasiones hacían revoluciones que diseñaban un mundo nuevo. Cuba, Argelia, el Che, la tenaz resistencia de Vietnam, la vía chilena de Salvador Allende... justificaban toda clase de las expectativas de las vanguardias juveniles europeas, americanas y también en las universidades españolas,

guitarra eléctrica, la difusión de música pop y rock and roll, la televisión -destacado vector de publicidad y nuevas pautas culturales-, el boom del libro de bolsillo, el cine que vive su época dorada, las motos, el automóvil... forman parte de la intensidad en la interacción comunicativa que, aunque afecta a toda la sociedad, es más veloz entre los jóvenes que nacen con estos nuevos medios. La cultura de masas juvenil, con estos avances, se estandariza sin menoscabo de que en cada país existan sus propios aspectos. Vid. MCLUHAN, Marshall y FIORE, Quentin, *El medio es el mensaje*, Buenos Aires, 1969; VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, *Historia y comunicación social*, Barcelona, 1997, pp. 197-207.

³⁴ VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, "España, 1969: de la excepción a la amnistía", *Triunfo*, 27 de diciembre de 1969, p. 27.

³⁵ *Ibid.*

y las empujaban a la radicalización ideológica. La crisis del 73, en fin, la imaginaron no pocos universitarios como el principio del fin del capitalismo.

La renovación de la izquierda, con la emergencia de la llamada *nueva izquierda*, aportaba una mirada distinta al mundo de la que había construido la generación de posguerra, los protagonistas de la reconstrucción posterior a 1945: los agentes que implantaron el Estado del Bienestar en Europa o sus remedos en España. Los jóvenes intelectuales de la *nueva izquierda* que surgía en los sesenta, hacían lecturas renovadas del pensamiento de la izquierda clásica: construían unas visiones del marxismo distintas (y “no dogmáticas”) a las que hicieron los socialdemócratas y los comunistas del socialismo real; husmeaban con placer en los textos no convencionales de Marx y gustaban de la lectura de marxistas que se salían de los cánones de la ortodoxia (Fernández Buey los citaba). Pero no se limitaban al marxismo -que quedaba enriquecido, matizado, ampliado, revisado...- sino que estaban abiertos a toda novedad: al existencialismo, al estructuralismo, al humanismo cristiano -en España se generó una nueva conciencia católica que fomentaba el Vaticano II-, a las propuestas del anticolonialismo.

En la universidad española, una de las características de los jóvenes de los años sesenta y setenta fue precisamente la influencia que en sus posiciones tuvo el pensamiento marxista. La *marxistización* de jóvenes intelectuales y estudiantes debemos interpretarla, creo, como un referente ideológico de lucha antifranquista, como un signo distintivo de una época y una generación que usó con liberalidad y heterodoxia el pensamiento marxista para construir una renovada interpretación del mundo, para borrar los mitos del pasado y crear los del futuro, que decía Fernández Buey. Se usaba a modo de muletas para hacer surgir la crítica al capitalismo y a la dictadura, y contribuyó a la construcción de la nueva cultura y definir las *zonas de libertad*. Aunque no faltaba la rigidez ortodoxa, la interpretación del marxismo que más influyó se hizo sin veneraciones, de forma abierta, usualmente sirviéndose de un lenguaje críptico (lo que separaba a los iniciados de los aprendices). Unas veces el “discurso marxista” servía para profundizar en la democracia, otras para “hacer la revolución” (aún sin saber cómo). Era flexible a otras muchas influencias y, sin duda, a las formas del sesentayochismo; solía huir (o a veces no) de la cosificación estalinista; interpretaba el leninismo a su manera o lo consideraba una estrategia caduca e inviable; con frecuencia se decía trotskista o maoísta (y lo era) pero con vetas y actitudes heterodoxas que nada (o poco) tenían que ver con Trotsky o Mao³⁶.

Y por si todo esto fuera poco, a las grandes corrientes del pensamiento del momento se añadía el arcoiris de *nuevos movimientos sociales* como el feminismo -con nuevas metas ahora-, los movimientos pro derechos civiles, el pacifismo, los movimientos de liberación sexual o el incipiente ecologismo. Así pues, a las corrientes de pensamiento se añadía una atención por la *experiencia cotidiana*. Esta nueva cultura

³⁶ Vid. ANDRADE BLANCO, Juan Antonio, *El PCE y el PSOE en (la) transición*, Madrid, 2012, pp.155-224.

política (con variable influencia en los grupos de estudiantes organizados) era una aportación de la *nueva izquierda* que había surgido desde finales de los cincuenta en países europeos y Estados Unidos. Su principal novedad es que daba gran importancia a la *vida cotidiana*: no sólo aspiraba a la revolución social (que también), sino además a la revolución cultural de las prácticas de vida de cada persona. Se enriquecía y matizaba así la estrategia de la izquierda clásica de alcanzar la sociedad soñada en un futuro que nunca llegaba a cambio de sacrificios y luchas del presente; la nueva izquierda, ahora, convocaba a los jóvenes no sólo a hacer la revolución de la sociedad, sino también -y aquí la novedad- *en el ámbito personal* de la vida de cada día (en la liberación de las mujeres, en la liberación sexual, en los derechos civiles, en la incipiente reflexión sobre los límites del planeta...). La libertad *también* se ganaba en las maneras de vestir, liberando las pulsiones, extirpando las cohibiciones de una sociedad "hipócrita", reconociendo (o aprendiendo a conocer) al *yo* y al *otro*. Y esta batalla -a la que no le faltaba su banda sonora que iba del rock al cantautor- también se ganaba desde la acción personal, desde la subversión y la provocación, y, sin duda, obligaba a enfrentarse a un orden caduco.

El resurgimiento de la actividad científica en la universidad española constituye uno de los aspectos nucleares del resurgimiento de la crítica en los sesenta y setenta, en los que empezó a despegar el cultivo de la ciencia en sus diversos campos -humanidades, ciencias sociales, medicina y ciencias básicas-, aunque para su conocimiento se requiere de una investigación sobre historia de la ciencia que, por el momento, no existe. Nos hemos de limitar a dibujar el panorama en el que se observa, por un lado, el *impulso renovador* y por el otro, la *continuidad* de los saberes de la universidad oficial, cada vez más aislados e intrascendentes. Mientras éstos recalcan en la filosofía neoescolástica, en la historiografía hipernacionalista, en el derecho tradicional... los saberes nuevos se abren a la influencia europea y, frente a la tecnocracia conservadora, introducen la filosofía crítica -analítica y epistemología- la historiografía influida por *Annales* y el estructuralismo y hasta el marxismo. Por otro lado, en fin, la floración de investigaciones e intelectuales en la universidad debe contextualizarse con el desarrollo de la cultura crítica que se conoció en todos los campos: desde la literatura (Delibes, Juan Marsé, Gabriel Celaya, Pere Quart...) al cine (Querejeta, Saura, Erice...), pasando por las artes plásticas (El Paso, Juan Genovés, Equipo Crónica, Chillida...), sin olvidar revistas como *Triunfo* o el diario *Madrid*.

9.3.2 La rebelión de los estudiantes

La rebeldía de los estudiantes de los años sesenta fue muy variada porque la situación en los diversos países también lo era. En los países capitalistas desarrollados, la protesta conformó un tipo de rebeldía propio de sociedades avanzadas. En los Estados Unidos, las posiciones de los estudiantes están más próximas a los nuevos movimientos sociales -derechos civiles, feminismo, pacifismo, ecologismo, libertades individuales...- que en Europa, donde tiene más peso el radicalismo marxista-

leninista, el trotskismo y el maoísmo. En países como España, Portugal o Grecia también bulle una juventud universitaria dispuesta a cambiar el *statu quo* y surge la rebeldía generacional, pero, además, la protesta universitaria conforma una oposición en toda regla contra las dictaduras, y esta lucha, unida a las condiciones de retraso de estos países, introduce diferencias en el movimiento estudiantil, que se caracteriza tanto por minar a sus dictaduras (vertebrándose la protesta escolar con la oposición clandestina), como por pugnar contra el capitalismo o el imperialismo y renegar del mundo de los adultos³⁷.

El movimiento estudiantil en España despertó a la política a muchos jóvenes y fue una prodigiosa escuela cívica que contribuyó a formar ciudadanos más libres. Entre los protagonistas del movimiento debemos discernir dos grupos. Por un lado, los pequeños núcleos organizados de militantes clandestinos que se forman en las aulas de manera sistemática desde 1956, promoción tras promoción y, por otro, los que sin llegar al compromiso de la militancia tienen actitudes distanciadas y hasta disidentes a cuanto el régimen comporta, o las adquieren y desarrollan en la universidad y, en consecuencia, se integran en la movilización. Lógicamente, entre los militantes y los antifranquistas menos comprometidos operan redes y conexiones, y de la cantera de los segundos se nutren periódicamente los grupos más organizados.

La dicotomía entre los activos y los que están dispuestos a activarse fue vista por Laín Entralgo a mediados de los años cincuenta. En su informe sobre la *situación espiritual* de los estudiantes observó que los más “inquietos” forman una minoría “activa y operante” que siente “viva desazón” por el futuro de España y hace una “crítica acuciosa” al régimen, al que consideran incapaz de “resolver con justicia y eficacia los problemas de la vida española”. Junto a la minoría de inquietos está la “masa” estudiantil que se preocupa por las salidas profesionales y las diversiones y, aunque políticamente el rector la consideraba “inocua”, intuye que no lo es del todo, pues estos estudiantes están, según dice, “espiritualmente disponibles” a las incitaciones de la minoría de audaces. Algunas encuestas que se hicieron por entonces confirman que la mayoría de estudiantes desean un cambio político democrático y son partidarios de intervenir en elecciones para cargos representativos³⁸.

En los años sesenta esta actitud de disconformidad siguió sazonzándose. Ello se debe a los cambios que se operaban en la composición social del alumnado, a la llegada de nuevas gentes (capas medias) a la universidad, a las nuevas experiencias y a una actividad opositora de los grupos clandestinos -brillan los comunistas- que se

³⁷ HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena; RUIZ CARNICER, Miguel Ángel y BALDÓ LACOMBA, Marc, *Estudiantes contra Franco (1939-1975): oposición política y movilización juvenil*, Madrid, 2007; BALDÓ LACOMBA, Marc, “La rebeldía estudiantil”, en *Matrícula y lecciones. XI congreso de historia de las universidades hispánicas*, Valencia, 2012 (en prensa).

³⁸ El informe de Laín Entralgo (1955) y la encuesta de José Luis Pinillos sobre actitudes de los universitarios de Madrid (1955), en MESA, Roberto (ed.), *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*, Madrid, 1982, pp.45-53 y 58-64.

hace mucho más eficaz y aprende a conectar con la “masa” estudiantil. El régimen también intenta atraerse a los jóvenes, pero fracasa. En 1962, Martín Villa, un joven ingeniero industrial, consejero nacional del Movimiento y pronto jefe nacional del SEU, en un informe sobre la juventud universitaria donde tanteaba las posibilidades de integrarla al Movimiento, dice con contundencia: “la juventud se nos ha ido”³⁹. Y se intenta remediar la pérdida “abriendo cauces”. Los *cauces* que abre la dictadura a través del SEU para asimilar a los críticos y controlarlos, desde 1958-59 y durante los primeros años de la década de 1960 no tienen éxito y las tentativas “aperturistas” acaban por ser desbordadas por la oposición. La dictadura no puede asimilarlas.

En el curso 1964-65 los estudiantes se han organizado no sólo al margen del sindicato obligatorio y del régimen, sino contra el SEU. Aunque los representantes de los estudiantes están subordinados a la línea de mando del SEU, sus actividades entran en colisión con las directrices falangistas que dirigen el sindicato y con las autoridades académicas, dando lugar a pequeñas y grandes tensiones, ocasionadas frecuentemente por la prohibición de actos culturales, lo que conduce a romper con el SEU. Cuando esto sucede, los alumnos hacen sentadas y protestas. La respuesta de las autoridades suele ser la anulación de la representatividad o, según circunstancias, el expediente y la sanción, lo que a su vez puede multiplicar los disturbios. A la estrategia de penetrar en los intersticios oficiales, seguida también por el movimiento obrero, se la llamó “entrismo”.

Nos concierne apuntar cómo se politizan miles de escolares que, aunque nunca llegan a militar, subvierten la dictadura. Confluyen tres factores que interactúan. El primero son las actividades culturales y políticas que se gestan y se difunden en las aulas y en su entorno. Podían proceder de las cámaras de delegados, de los actos culturales, de las clases de algunos profesores, de las asambleas, de las “largas horas” que se pasaban “charlando, borrando mitos del pasado y creando mitos para el futuro”, asistiendo al cine-forum, a la conferencia que motivaba reflexiones, a la lectura y comentario *-lee y discute*, reza una editorial celebrada- del libro sugerido por el grupo de amigos o por un profesor discrepante. Y de la charla y la actitud crítica, pasan, gradualmente, a la politización... El segundo factor, es la necesidad que sienten muchos estudiantes -no sólo los militantes- de organizarse *libremente* y con independencia del SEU, para votar delegados, para organizar actos, para redactar boletines, para hacer actividades que les resultaban sugerentes⁴⁰. El tercer factor, en fin, es la misma represión de la dictadura, que aunque desbarata o desmantela cíclicamente la organización del movimiento universitario, crea identidad y define al *enemigo*. A medida que la represión actúa, su impacto amplifica la conciencia política antifranquista de miles de escolares, como también sucedía en el movimiento obrero.

³⁹ El informe de Martín Villa, “Incorporación al Movimiento de la juventud universitaria”, en YSÀS, Pere, *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, 2004, p. 220.

⁴⁰ MARAVALL, José María, *Dictadura y disentimiento político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Madrid, 1978, p. 175.

Las estrategias del movimiento estudiantil se pueden agrupar en dos. Hasta 1967-68 predomina la contestación y reforma del sistema universitario vigente: su transformación en sentido democrático, la apertura a la participación del colectivo, la idea de apertura de la universidad a todas las clases sociales, la alteración de los métodos de enseñanza y democratización de estructuras universitarias... En esta fase se practica el *entrismo* en el SEU y luego se constituye el Sindicato Democrático de Estudiantes en cada universidad, con sus congresos abiertos y sus representantes a cara descubierta, que acaba perseguido por la policía y desarticulado. A partir de 1967-68, el movimiento estudiantil se radicaliza, se encripta y se atomiza. Influye la represión del sindicalismo democrático y, especialmente, mayo del 68. Hay un cambio notorio: de reivindicaciones académicas se pasa a reivindicaciones políticas de carácter general. Aparecen nuevos grupos radicales maoístas y trotskistas que no aspiran ya tanto a reformar la universidad cuanto a hacer la revolución, a erigirse (sueño adolescente) *vanguardia* de la clase obrera. La protesta sobrevive, pero a costa de perder apoyos, aunque la oposición a la Ley General de Educación y la zarpa represiva de la dictadura siguen movilizando a mayorías de estudiantes.

En conclusión, la universidad, crecientemente crítica y antifranquista, contribuyó a forjar una nueva cultura política y acabó por ser uno de los motores de la democratización. En la superación del letargo influyó el movimiento estudiantil, brillante y sonoro, y la praxis en el aula, el seminario, la tertulia o el debate de aquellos universitarios que de manera eficiente construyeron los cimientos de una cultura crítica y socializaron a los jóvenes. Sin embargo, "la salida del túnel -ha escrito Elena Hernández Sandoica- ha impreso en la universidad posterior 'desventajas' que han lastrado la vida universitaria hasta nuestros días. El final del franquismo influyó más de lo que suponemos en el cerco tupido que aprisiona a la universidad española en estos treinta años [últimos], haciendo duraderas sus contradicciones; puesto que las hacemos nuestras cada día quienes aún formamos parte de la universidad y en su seno nos fuimos construyendo"⁴¹.

⁴¹ HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, "Tres décadas de educación superior en España: universidades e investigación", en *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija*, 11/1 (2008), p. 110.